

Reanudamos aquí la polémica, en esta página 8, donde se fraguó el gran debate, multitudinario en cartas y comunicaciones de los lectores, acerca de la pena de muerte. Decimos que esta página contiene «la línea de EL IMPARCIAL», y, en efecto, así es. Aquí se recogen toda suerte de opiniones, a favor o en contra de los grandes temas que suscitan la polémica. Nueva línea, evidentemente, es la imparcialidad. Siempre imparciales, sin duda alguna. Ahí están las muestras. Hoy reiniciamos la polémica con un artículo de don Jerónimo Cerca Bañuls, de Valencia, que rebate las tesis de nuestro colaborador Enrique Miret Magdalena. Mañana, probablemente, dado el aluvión de cartas que hemos recibido, abordaremos el tema del aborto. Las puertas, como siempre, están abiertas al respetable criterio del lector. Esa es nuestra línea.

Réplica a Miret Magdalena o la verdad sospechosa

DESDE que el Papa ha hablado con tanta claridad, firmeza e insistencia ante audiencias masivas, nuestros progresistas han acusado el impacto; unos están rebatidísimos, otros recogen velas rápidamente y tampoco hay que descartar que se hayan producido auténticas conversiones o, si se prefiere, rectificaciones.

En este ambiente se produce la sorpresa de los dos artículos de don Enrique Miret Magdalena que pretenden aclarar su postura; no sé si son más los artículos pero yo he leído sólo dos: uno, en «Fuerza Nueva» del pasado día 13, y otro, en EL IMPARCIAL del día 23. El primero va precedido de una nota de la redacción en la que advierte que no comparte algunas de sus opiniones, accediendo a su publicación a petición del autor, que trata de defenderse de que le consideren enemigo total de Juan Pablo II, frente a cierta colaboración de la revista; «nobleza obliga», dice «Fuerza Nueva». En el otro artículo trata de sacudirse el calificativo de marxista, y es presentado por EL IMPARCIAL, en primera plana, con el epígrafe: «Miret Magdalena se confiesa», dándole la más cordial bienvenida. Evidentemente, no soy yo el único sorprendido.

Me pasó con el primer artículo lo que a la redacción de «Fuerza Nueva», pero en lo que no estoy tan seguro es con la afirmación de EL IMPARCIAL de que el señor Miret deshaga en su artículo «el malentendido popular que le achaca una significación política y social que no es la suya». De malentendido popular, nada, porque su obra es copiosa y muy clara, y en cuanto a que deshaga ese criterio popular, creo que más de uno lo tiene que poner en duda; si esa era su intención, es un intento fallido.

«Yo por católico me tengo...», dice en «Fuerza Nueva»; «mi norte —dice en EL IMPARCIAL— es el pensamiento católico, no el de este teólogo o del otro...»; pero no dice cuáles, poniendo con ello en el mismo plano al ortodoxísimo Santo Tomás y al heterodoxísimo Hans Küng, por ejemplo, y lo cierto es que ha venido siguiendo a este último en su obra «Catolicismo para mañana», aunque también incluya en ella ortodoxias tomistas. Decir en EL IMPARCIAL: «Lo demás, lo parcial, lo anecdótico, lo que piense este jerarca o el otro, si no coincide con esa corriente viva de la sabiduría católica, decantada a través de siglos, de experiencia y aplicada a nuestra época con inteligencia y discernimiento conscientemente por cada uno de nosotros, no es para mí de obligado recibo...», es una frase que, a través de un aparente respeto a la sabiduría católica, nos cuela un cierto relativismo con eso de la decantación y aplicación histórica, sobre todo al considerar que el señor Miret ha escrito en el libro citado, al hablar del sentido del dogma, «lo que no puedo aceptar es que el sentido me lo dé ninguna época en forma definitiva e intangible... Soy yo el que tengo que utilizar la cultura de mi tiempo para entender lo que un dogma concreto puede significar para mí y para los hombres de mi época» (pág. 177), lo que le permite aventurar cosas tales como que el infierno es un vaso de

cielo de menor tamaño, pronunciarse contra la infabilidad pontificia, pedir la supresión del matrimonio eclesiástico, sustituirlo por el civil con divorcio, calificar de piedad psicologista a la oración tradicional, querer revisar el concepto de pecado, etcétera. Esta frase cae además en un subjetivismo y en el libre examen luterano, con lo que viene a contradecir su propia afirmación unitaria y objetiva «de la corriente viva de la sabiduría católica».

«Respecto al marxismo, poco a poco se ha ido haciendo en mí una postura más neta», dice el señor Miret. Bien, parece que eso quiere



decir que ha seguido un lento proceso de abandono del mismo, lo que significa que, más o menos, ha seguido a Marx, luego no hay tal malentendido popular: ¿Qué espera que la gente diga de él si tiene escritas frases como la que sigue? Así, al formular su esperanza en la aparición del nuevo hombre dice «que sólo lo vemos hoy representado en las grandes figuras de la humanidad, como un Jesús, un Marx, un Kropotkin, un Gandhi y un Juan XXIII, y siempre que superemos los aspectos religiosos negativos que alguno de ellos pudiera tener» (pág. 108 o. c.). Si además en el artículo que comentamos se limita a rechazar el que le llamen marxista por una razón tan endeble de que, como hacía Marx, rechaza todos los «ismos» (lo cual no es cierto, porque en el mismo artículo dice aceptar el cristianismo y cierto socialismo, y, además, con tal razón lo único que demuestra es su intento de personalidad rebelde a cualquier encasillado) y viene a despachar la cuestión de fondo con una cita de Fulton Sheen: «El Este, la cruz sin Cristo, y el Oeste, Cristo sin la cruz, los dos están en el error». Esto, en su simplicidad expositiva, no es más que el juego marxista de la tesis y la antítesis, para llegar a la síntesis de la cruz marxista, con el Cristo occidental, con lo que el rechazo del marxismo no se ve por ninguna parte, particularmente en quien tiene escrito: «Digo con sinceridad que me siento en la izquierda y pretendo para el futuro una auténtica socialización de los países occi-

dentales. El camino y la meta es una socialización inteligentemente difundida e implantada después de un proceso intermedio más autoritario que prepare la mentalización de las masas hacia este socialismo humano, pero radical... y es la que produjo el cambio, por ejemplo, en Rusia. Cuando Lenin, conseguido esto por Stalin, pudo hacer por fin esta socialización pretendida por Lenin sin ningún inconveniente ya y con pleno éxito», no aminorando sus entusiasmos leninistas y marxistas, «la excesiva preocupación antirreligiosa» de estos socialismos, pues, afirma que «la idea de Lenin —y Marx— era dejar las cosas de la religión en su sitio» (pág. 104, o. c.).

Sigue el señor Miret en EL IMPARCIAL intentando sacudirse apelativos, y nos dice: «En relación con el socialismo, mi postura es clara.» ¡Y tan clara, después de lo antes dicho! Lo que no es claro es lo que luego dice de que en materia de socialismo ve las cosas como Pío XI. Transformar la lucha de clases en «una discusión honrada, fundada en el amor a la justicia» (¿esto no es el tan denostado sindicalismo vertical?). «Y la lucha indiscriminada contra la propiedad privada, convertida en una oposición pacífica a cierto predominio que, contra todo derecho, se ha tomado la propiedad», está muy claro en Pío XI, pero no en lo que dice el señor Miret. ¿Por qué llama a esa su nueva postura, «cierto socialismo» e involucra a Pío XI en ello, para lo que recorta el texto pontificio de la «Cuadragesimo Anno»? Pío XI acaba la frase diciendo: «Quienes solamente pretenden eso no tienen porqué agregarse al socialismo» (2-54), y añade en el párrafo siguiente: «¿Qué decir en el caso en que el socialismo de tal manera modere y suavice lo tocante a la lucha de clases y a la abolición de la propiedad privada, que no se le pueda reprender nada en estos puntos? ... decimos: el socialismo, ya se considere como doctrina, ya como hecho histórico, ya como acción, si sigue siendo verdaderamente socialismo, aun después de sus concesiones a la verdad y a la justicia de las que hemos hecho mención, es incompatible con los dogmas de la Iglesia católica, ya que su manera de concebir la sociedad se opone diametralmente a la verdad cristiana.»

A la vista de esto, ¿cómo se queja el señor Miret de que le etiqueten? Su pasado socialista surge claro de sus textos, y su presente se presenta, al menos en el citado artículo, como un juego ambiguo de «un cierto socialismo» al que llama en su auxilio al «severo Papa Pío XI».

El camino de Damasco se repite todos los días, y sería de celebrar encontrar en él a tanto desviado. Pero San Pablo, después de encontrarse con Cristo, no trata de justificarse y decirnos que él no es un fariseo, sino que se llama a sí mismo repetidas veces «blasfemo y perseguidor», y comienza con sinceridad a predicar la buena nueva, para él y para todos; desde entonces, nadie le ha etiquetado equivocadamente.

JERONIMO CERCA BAÑULS
D.N.I.: 19.519.511
(Valencia)